

El hielo de los suyos

Montse Sánchez Alonso

*A mi hija Candela. A Javi.
Por cebar la lámpara de aceite.*

No me sirves, no me sirves,
ya no me sirves, zapato negro,
en el cual he vivido como un pie
durante treinta años, pobre y blanca,
sin atreverme apenas a respirar o a hacer achís.

Sylvia Plath, *Papaíto*

Dicen que nosotras vivimos una vida sin peligros en casa,
mientras ellos combaten con la lanza. Mal calculan.

Eurípides, *Medea*

La maternidad es una experiencia radical de la espera porque nos enseña que la espera nunca es dueña de lo que aguarda. Toda auténtica espera está, en efecto, recorrida por una incógnita: nunca se sabe qué o a quién se espera, nunca se sabe cómo será el momento del fin de la espera. La espera trastorna lo ya conocido, lo ya sabido, lo ya visto, suspendiendo cualquier ideal de dominio que tengamos. [...] La espera es una profundísima figura de la maternidad

porque revela que el hijo viene al mundo como una trascendencia incalculable, imposible de anticipar, destinada a modificar la faz del mundo.

Massimo Recalcati, *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencias de lo materno.*



Lorne Knight; McMinnville, Oregón, 28 años

Fred Maurer; Nueva Filadelfia, Ohio, 28 años

Allan Crawford; Toronto, Canadá, 20 años

Ada Blackjack; Nome, Alaska, 23 años

Milton Galle; Nueva Braunfels, Texas, 19 años

Vic; Seattle, Washington, edad desconocida

PRIMERA PARTE

Lo maté entre mis farallones helados. Todo él jadeando. El mamut huía de las lanzas de los hombres y de sus antorchas, del hambre de los osos. De mí. Buscaba agua en el cauce del río que ellos llaman Skeleton, comer el musgo jugoso de las orillas, cruzar la banquisa y llegar al sur antes de la noche grande, pero con la crecida del hielo le negué tales cosas.

Llegó extenuado al circo glaciar después de sobrevivirle a la tundra, con la cabeza gacha, calavera abombada, como si aún tuviese que empujarme el viento con toda la furia de sus colmillos. He visto barcos más pequeños que esos dientes. Avanzaba con paso lento. Jorobado. Tan grande como un iceberg. Mas debajo de su pelo, largo y espeso, era apreciable el ángulo afilado de la cadera, la privación de su quijada, las costillas.

Sintiéndose a salvo entre los barrancos, el sol a mediodía, bramó alzando la mirada. Su grito, un eco grave entre las paredes de hielo, les hizo alzar las alas a los petreles. El mamut subió la trompa y golpeó enorme la nieve. La subió y golpeó la nieve hasta que, en mitad de uno de los meandros, el musgo fue visible bajo la escarcha. Un silbido sonoro llenó entonces el aire y después un rugido de agua. A lo lejos. Desde

el interior de la isla embestía el vendaval triturando el espacio, volviendo sordas a las ballenas. La lluvia del norte avanzaba en aluvión desdibujándome los cauces, pero las muelas masticaban con deleite las orillas, y las orejas, tan pequeñas, se distraían de mi amenaza con los ruidos del hambre.

Mientras tragaba, con el caudal del río anegué en silencio las márgenes, el musgo, la base de sus patas. Ahogué todo tan despacio con el paso del agua, que el mamut seguía engullendo mi suelo ajeno a su desdicha cuando el viento penetró en el circo glaciar. Llevaba conmigo la fuerza de todas las latitudes, y pronto me torné remolino al cobijo de los barrancos. El animal levantó la cabeza, pero ya era tarde. Luchó por mantenerse en pie, por andar, por cruzar al otro lado del río, allí donde mi orilla estaba aún conservada. El aire contuvo inmóvil toda su grasa. Lo clavé de rodillas. Los embates arrastraban el frío de los glaciares y congelé a lametones la inundación del circo. En su centro, la criatura forcejeaba contra mi empuje invisible, y también contra el mordisco cada vez más alto del hielo.

No se inmutaron los farallones frente al berreo descomunal que emitió aquella trompa al desplomarse, abatida. Ni siquiera temblé cuando sus curvadas defensas, blancas como belugas, me rajaron el viento, el gruñido del agua, cuando advertí el temblor colosal por el golpe del cabezazo. Y, sin embargo, se empeñan en domeñarme los hombres.

I

Desde la popa del Silver Wave, Ada fija la mirada en el orfanato de Nome. A esa hora de la tarde, su hijo Bennett, de cinco años, habrá tomado un vaso de leche tibia como los demás niños del hospicio y rezado sus oraciones vespertinas con la ayuda del pastor. Como el resto de los internos, practica medio a oscuras el trazado de las vocales con un lapicero de color rojo —ayer Ada le ayudaba a redondear bien la *o*— y aprende a leer sus primeras palabras en lengua inglesa sobre los Evangelios, pero, a diferencia de los demás niños, Bennett permanece aislado en la habitación más caliente del hospicio y no puede jugar en el patio trasero aprovechando el escaso sol del final del verano ártico. El suelo está en parte helado, y bajo el columpio se acumula un barro frío que se cuele en el interior de las botas y entumece los pies. La tuberculosis podría matar al pequeño de coger un simple resfriado.

Las velas de la goleta ya están desplegadas. El viento gélido de septiembre pareciera congelarlas con cada uno de sus embates. Turbada por el sonido del aire que golpea el

velamen, Ada camina por la cubierta y se fija en los costurones de la lona del palo de mesana. Ha de ser tan áspera como el algodón tieso, similar al tejido del uniforme de los mineros. Imagina lo dificultoso de remendar los jirones con todo ese peso frío y piensa que se percató de los primeros síntomas de la enfermedad de Bennett mientras él jugaba a sus pies y ella hilvanaba uno de aquellos uniformes. Fue tan solo unos días antes de que Jack Blackjack los abandonase a su suerte en Seward. Después llegó maltrecha a casa de su madre, en el mísero asentamiento iñupiat a las afueras de Nome, tras caminar dos días y dos noches con su hijo sobre la espalda por una tundra plagada de osos polares. Lejos de apiadarse, su madre le dijo que era el precio que había de pagar por casarse y tener hijos con un sucio *musher* y no con un blanco respetable: «Una mujer iñupiat necesita algo más que un pastor de perros mestizo para asegurar su futuro».

El Silver Wave calienta motores atracado en la playa de Nome. La turbina de vapor del barco se escucha desde la cubierta y su vibración se mete en el pequeño cuerpo de Ada a pesar del movimiento y del grueso abrigo de caribú que viste. Le ha costado renunciar a su falda de paño y a su blusa de cuello alto. A su casaca y sus botines. Lleva puesta la capucha de la parka, de la que asoma su trenza negra, espesa y larga, que no se corta desde niña. La inquietud le genera picor de manos, ojalá pudiera quitarse las manoplas, prendidas con un cordel a las mangas de la parka para evitar que se pierdan cuando no son necesarias. La sola falta de un mitón puede significar la muerte en el Gran Norte. Cruje la tarima bajo sus botas de pelo y piel. Camina por

ella como si la madera fuese hielo quebradizo mientras clava los ojos, rasgados y oblicuos, en una de las ventanas de la fachada sur del orfanato. Allí sentado está mi hijo. Quizá mirándome.

Desde la popa —donde ondea la bandera norteamericana— también son visibles la boca oscura de la mina y la cárcel de la ciudad, pero el sheriff Jordan vigila hoy que el abastecimiento de la embarcación se complete sin incidentes. Hace dos semanas, Jordan le habló de cuatro exploradores canadienses que buscaban nativas de su condición para viajar al Ártico Norte durante un año a cambio de un buen salario. Ella receló: nunca antes hubiera pensado que saber inglés, coser o cocinar al gusto de los blancos podría valerle cincuenta dólares al mes. Una sola de aquellas mensualidades supondría más dinero de lo ganado en toda su vida limpiando y cosiendo para los colonos, así que con doce podría recuperar definitivamente a Bennett y llevarlo a Seattle. El pastor Levesque —médico blanco del hospicio— le había asegurado que allí existía una vacuna contra la enfermedad que aquejaba a su hijo. La perspectiva de alejarse del niño la desmoronaba, sin embargo. Era demasiado pequeño como para separarse un año entero de su madre. ¿Podría ella prescindir de las visitas diarias al hospicio y de los afectos que, de ese modo, garantizaba a Bennett? De embarcarse se alejaría también de su comunidad y, además, se arriesgaría a ser atacada o devorada por un oso. Era bien sabido por todos los iñupiat del asentamiento que en la isla de Wrangell, adonde se dirigía la misión, había más osos polares que en ningún otro rincón del Ártico.

El ajetreo de la playa la intranquiliza. Para aplacar su nerviosismo recorre la cubierta de arriba abajo. El barco zarpará en unas horas y un puñado de hombres carga decenas de baúles entre quejidos de esfuerzo. «¡Aaaaaú! ¡Aaaaaú!», dicen todos al tiempo atravesando la pasarela que une la playa y el navío. Ahí deben de ir nuestras provisiones y los útiles con los que habré de cocinar. En su interior estarán también las herramientas que los exploradores utilizarán para construir las trampas y los refugios, cazar y trasladarse por la banquisa, así como la ropa de abrigo y las pieles para tolerar el invierno ártico. Ella lleva consigo un baúl con un par de camisones de algodón grueso, dos pares de manoplas, unos pantalones de piel de foca y una segunda parka confeccionada por sí misma con la piel de un gran macho de caribú. Dentro guarda también los Evangelios, su saco de costura, el *ulu* de acero y asta de ciervo que le dio el chamán —con el que podrá desollar animales—, la aguja de hueso de su abuela, un pequeño retrato de Bennett y los utensilios que ha comprado para coser: una decena de agujas comunes, dos más de hueso, cincuenta metros de hilo de algodón y otros cincuenta de tendones para unir entre sí las pieles o el cuero. El sheriff le ha proporcionado, además, varios metros de tela y ocho libras de piel de foca, once toallas, un lápiz Eversharp y un adelanto contractual de cincuenta dólares que ella ha entregado al pastor Levesque para garantizar la buena alimentación de Bennett. Él le ha asegurado que, si el niño come bien y se mantiene a resguardo del frío, podrá resistir sin problemas hasta su regreso de la isla de Wrangell.

No hay olas que rompan en la orilla ni en el casco del Silver Wave. El mar está empezando a congelarse. Su espesura le otorga silencio. La de Nome es una playa de agua muda y desde la cubierta se escuchan cascos de caballo sobre el pavimento y aullidos. Al fin llega el resto, susurra con alivio. Por Main Street han de bajar hacia el barco al menos una carreta y siete perros de tiro. No puede ver toda la calle —apenas la entrada—, pero sabe que el tumulto habrá sacado a los porches a las mujeres de los colonos y a sus niños limpios: allí solo viven los blancos desde que llegó a la ciudad la fiebre del oro y de la conquista del Ártico Norte. Antes el asentamiento iñupiat se extendía por gran parte de Main Street, pero desde que los colonos y sus familias se establecieron en Nome, las casas vegetales fueron desplazadas a los alrededores de la mina y en su lugar se levantaron las de hierro y madera. El barro sobre el que se asentaban los *wigwam* fue tapado con el alquitrán, y la bandera británica ondeó delante de cada una de las casas sustituyendo a las pieles de las focas. Hacia la mitad de la calle, levantada con madera oscura y dos enseñas a los pies del porche —la británica y la de la gran llama roja bajo la cruz—, se encuentra la casa del padre Brown, primer pastor de la Iglesia metodista de Nome.

Una de las razones por las que aceptó el trabajo fue la promesa de que no sería la única iñupiat a bordo. El sheriff Jordan le aseguró que los aventureros necesitaban familias enteras de nativos para garantizar la supervivencia a su llegada a la isla de Wrangell: hombres cazadores que conocieran bien la tundra y el hielo y mujeres con experiencia en el

curtimiento de pieles y la confección de prendas de abrigo. Pero cuando atisba desde el barco la caravana saliendo de la calle principal, ve que los perros —en efecto, siete malamutes— están muy delgados y que solo arrastran a un *musher* en el trineo. El carretón viene cargado con una barcaza de madera tosca. Ninguno de los suyos. Entonces busca ansiosa la mirada del sheriff.

Las manoplas ocultan la tensión de sus manos y la congoja enmudece en su garganta, pero los surcos que se le dibujan en el rostro son incapaces de disimular su temor. No puedo hacerlo sola. Sin lugar a dudas, el resto de ñupiat ha escuchado los augurios del chamán, cuyo *wigwam*, solitario y medio hundido en la tundra, es visible desde la popa a unos cientos de pies al norte del asentamiento, situado allí para proteger a los niños de los malos espíritus. Ninguna gran cacería o viaje se emprenden sin haberle consultado antes. Ataviado con máscaras de hueso de ballena y cuerno de narval, fuma el tabaco que se le entrega durante la ceremonia de adivinación y se mueve dispersando el humo, ensimismado por el sonido que hacen las vértebras y las clavículas de sus collares al revolvérsele en torno al cuello. Tararea canciones antiguas, chasca la lengua como cruje el hielo profundo y su cuerpo, vestido de piel blanca de zorro ribeteada con garras de oso, se sacude como un latigazo contra el suelo.

Aun desde el barco, la visión del *wigwam* del chamán la perturba. Desde niña ha sido testigo de su clarividencia, como cuando predijo que el asentamiento sería asolado por una peste blanca y que su padre moriría de fiebre bajo la nieve, sujeto a un trineo. Poco antes de aceptar ser parte de

la expedición, acudió a verlo para conocer cuál era su presagio. Llegó a su *wigwam* al mediodía con un sobre de tabaco, después de haber rematado las botas de agua de un grupo de colonos, y esperó en el umbral a ser recibida. Desde allí podía verse, atracada en la playa, la goleta en la que habría de embarcar, y se preguntó si la robustez del casco sería suficiente de quedarse atrapado en el hielo. Ada ha crecido con las historias de los ancianos y los cazadores, que vieron naves majestuosas reventadas por el mordisco de la banquisa y puñados de hombres blancos desperdigados sobre ella, muertos por el hambre y el escorbuto. Rígidos como barbas de ballena. Se preguntó entonces si los hombres que viajarían con ella habrían tenido oráculos que guiasen sus destinos o si, por el contrario, emprenderían la expedición sin ayuda espiritual, movidos tan solo por el brillo del oro y la conquista del territorio, la fama o el comercio de pieles. Sabía de la desmesura en las miradas azules de esa clase de hombres. La había visto en la taberna a donde iba a beber después de visitar a Bennett. La cercanía del Gran Norte los extasiaba, a pesar de que muchos de ellos carecían de nariz o de algunas falanges en manos y pies. Siempre la inquietó el arrebató con el que brindaban esos ojos añiles tras los preparativos de cada viaje, después de asegurar la compraventa de perros, el alquiler de nativos, la búsqueda de embarcaciones de apoyo y carne seca. De haber clavado sus primeras banderas sobre las putas de Nome.

Pese al humo del motor del barco y al regusto a sal y a madera húmeda que desprende la cubierta del Silver Wave, es capaz de notar en la boca el olor a pelo quemado que salió

del *wigwam* del chamán durante su espera. Ya está preparándose, va a llamarme, se dijo entonces. Los augurios comenzaban con la cremación de una cola de liebre ártica para facilitar el tránsito de los espíritus al mundo ordinario. La inminencia del encuentro la hizo santiguarse, caminar en torno a la tienda para disimular su nerviosismo —igual que ahora recorre la cubierta—, olvidándose de que el chamán la estaba viendo, que habría de saberlo todo sobre su destino. Los oídos le chillaban como una camada de ratones. Siempre que tenía miedo le sucedía. Sonaba dentro del *wigwam* un rumor incesante de pieles y sintió que se le derretían las piernas cuando esa voz cavernosa la invitó a pasar llamándola por su nombre de soltera.

—Vienes a mí, Ada Deletuk, pero tu decisión ya está tomada.

La única luz en aquella tienda provenía de la lámpara de aceite que el chamán acababa de cebar con un pedazo amarillo de grasa de foca. Era muy parecida a la que usaban las mujeres *inupiat* esa lámpara: con el cuerpo redondo y grande como la vejiga hinchada de un animal sobre tres patas cortas y un plato en lo alto donde prender la mecha y contener el aceite. Todo el conjunto era de barro para que el calor del fuego reverberase y calentase la estancia.

Al chamán le pendía de un cordel a la espalda la máscara ceremonial. Iba a rostro descubierto. Vestía su mono de pieles y sus collares. De un gancho en el entramado de ramas de la estructura del *wigwam* colgaban un pandero y una maza. El cuerno de narval también se hallaba prendido a la pared y, junto a él, había un manojito de colas de animales de

distintos colores y tamaños. Ningún mueble más en la tienda aparte de la mesa junto a la que se hallaba la lámpara, un taburete y un catre desvestido, bajo el que se adivinaban un par de pieles de oso blanco. Gracias a la luz, Ada se percató enseguida de la clara opacidad de los ojos del brujo y pensó que así, con el semblante huesudo y curtido al descubierto, se parecía mucho a cualquier otro anciano iñupiat. Esa cara de hambre era exacta a la de los demás viejos.

—Eres ciego —le dijo con la voz tan delgada como un hilo, mientras dejaba el sobre de tabaco en la mesa.

—Y eso te decepciona, pero también tú sabrás que no se necesitan ojos para ver la fiereza del Gran Norte.

Ada sintió entonces un calambre en el estómago y, después, una náusea. Por primera vez supo con certeza que partiría a bordo de aquel barco.

—Quieres saber si sobrevivirás, pero solo tengo permitido decirte que los augurios son malos.

—Solo dime si...

—La misión que vas a emprender en contra de este presagio estará llena de muerte y peligros —le dijo al tiempo que le entregaba un *ulu* pequeño y curvo hecho de acero y asta de ciervo.

—Pero..., pero es la única forma que tengo de salvar a Bennett —dijo Ada cogiendo el arma por la empuñadura.

El chamán le dio la espalda y caminó hacia el fondo de su *wigwam*, donde tomó asiento en su camastro bajo el cuerno de narval. Empezó a balbucir palabras incomprensibles con los ojos volteados y a acariciar una por una las vértebras y las clavículas de su collar.